

CANTO VII.

Cual rio de corriente impetuosa  
Que de la sierra bullidor descende  
Y con ruda violencia poderosa  
El pino abate y el peñasco hiende;  
Luego del llano en la estension verdosa  
Sus brazos de cristal cansado tiende,  
Y luego un dique de su giro vago  
El curso ataja y lo convierte en lago,

Y el que de grandes ecos la montaña  
Llenaba, y de los míseros pastores  
Deshizo en mil astillas la cabaña  
Que les costara un año de sudores,  
Hoy soñoliento en su contorno baña  
Húmedos juncos y silvestres flores,  
Y ni por hondo cauce se desliza,  
Ni en vago impulso sus cristales riza:

Así mi númen que con vuelo osado  
Quiso aspirar el soberano aliento  
Y relatar en cántico inspirado  
La sacra historia de feliz portento,  
Ya desfallece lánguido y cansado,  
Y ansioso espera el próximo momento  
En que bajar á la terrestre rueda  
Y las sonoras álas plegar pueda.

En un principio con robusto brío,  
Sin sospechar su languidez presente,  
Llenó los aires con su canto pío  
Y alzó hasta Dios su trova reverente:  
¿Por qué en la actualidad cobarde y frío,  
Sin que ningun estímulo lo aliente,  
Yace y de su gravísima tarea  
Solo llegar al término desea?

¿No es el mismo que fué? ¿Por qué desmaya?  
Avanza, inspiracion, avanza altiva;  
Salva del mundo la mezquina raya,  
Y en la fuente de amor que se deriva  
Del trono del Eterno, tal vez haya  
Para tí alguna gota de fé viva,  
Que mas tu fuerza y tu vigor aumente  
Que cuantas brinda la Castalia fuente.

Salva la tierra con ligeras álas,  
 Cruza el espacio con sonante pluma,  
 Y vé á lucir en las etéreas salas  
 De tus adornos la gallarda suma;  
 Sube, que no desdecirán tus galas  
 Del alto asunto que tu fuerza abruma,  
 Que de Dios no rebajan los loores  
 Métrico ornato ni profanas flores.

Sube, mi inspiracion. ¿Que te detiene?  
 Yo te soñé tan animosa y bella,  
 Que ví por tí brillar con luz perene  
 De mis ardientes cánticos la estrella.  
 ¿Qué desaliento á contrastarte viene?  
 Sube, los astros con tu planta huella;  
 Que el númen que á su Dios cantando nombra  
 Digno es de pisar astros por alfombra.

Sube, mi inspiracion, y del Pegaso  
 Profano sobrepuja el raudo vuelo;  
 Sube, y no pongan rémora á tu paso  
 Baja pasion ni torpe desconsuelo:  
 Sube, mi iuspiracion, tu aliento escaso  
 Vé á renovar á la region del cielo:  
 Mas te oirá el mundo cuanto mas te alces.  
 ¿Quién contra tí cuando mi culto ensalces?

Mas, ay! que tú, como corcel rendido  
 A quien su dueño el rígido acicate  
 Clava, sin que sacar logre partido  
 De él por mucho que su hijar maltrate,  
 Al pesado rigor has sucumbido  
 De la dura fatiga que te abate,  
 Y apenas te elevaste ya descienes,  
 Y mi voz que te anima desatiendes.

No es tu poder para tan alto vuelo,  
 Y es emprenderlo atrevimiento insano;  
 Por eso en balde á tu firmeza apelo;  
 Por eso escito tu altivez en vano;  
 Dios quiso que las águilas al cielo  
 Se remontasen, y que el vil gusano  
 La tierra con su cuerpo ruin midiese  
 Y atado al polvo sin cesar viviese.

Dios quiso que la suelta mariposa,  
 Cortesana del sol y de las flores,  
 Luciese en el jardin esplendorosa  
 Sus brillantes efimeros colores,  
 Mientras bajo una seca y polvorosa  
 Hoja del sol burlando los ardores,  
 A su calor vivificante arruga  
 El pardo cuerpo la deforme oruga.

Dios quiso que en la selva iluminada  
Por la luz apacible de la luna,  
El tierno ruiseñor con voz preciada  
Cantase su desgracia ó su fortuna,  
Y que al abrigo de la mies dorada  
Que al labrador alegre, su importuna  
Aguda voz el gorrion lanzase  
Y la quietud canicular turbase.

Y Dios en fin que el lábio de Isaías  
Purificó con la celeste llama  
Del vaticinio, y dulces armonías  
Inspirar sabe al corazon que ama,  
No ha permitido que á las ansias mias,  
Al férvido entusiasmo que me inflama  
El númen productor correspondiera  
Que para hablar en su loor quisiera.

Por eso de mi canto fatigoso  
El mundo esquivo la atencion distrae,  
Y por eso elevar apenas oso  
El torpe vuelo, mi vigor decae:  
E incierto vaga el corazon medroso  
Cual átomo fugaz que el viento trae,  
Y antes que á mi cantar dado fin haya,  
Muere mi voz, mi inspiracion desmaya.

Aspero por demas es el camino  
Que voy siguiendo con fatiga suma  
De mi mente al impulso peregrino  
Y al sesgo giro de mi dócil pluma:  
Aspero, sí, porque el favor divino  
Se retira de mí; mi frente abruma  
Con grandeza sin par y peso ingrato  
El alto asunto que con fé relato.

Oh! qué florida, luminosa y bella  
La senda por do triste voy seria  
Para el feliz mortal en quien destella  
Vívida luz de celestial poesía!  
Cada grano de polvo do su huella  
Pusiese en una flor se trocaría,  
Y el ángel de los místicos amores  
Coronara su sien con esas flores.

Y no que yo, cansado caminante,  
Abrojos solo y amarguras hallo,  
Y ni una flor encuentro por delante  
De aroma seductor y esbelto tallo:  
Si sigo en mi cantar, por arrogante  
Peco, y tambien si por cobarde callo;  
En tal empeño me metí atrevido,  
Y solo salir de él humilde pido.

No de otro modo el náuta que á los mares  
Fió su vida por cobrar riqueza,  
Sin atender del viento á los azares  
Ni del cresco Neptuno á la braveza,  
Al ver que ya las nubes á millares  
Cubren el cielo y la borrasca empieza,  
El fruto diera de fatigas tantas  
Por una peña en que poner sus plantas.

Pero, gracias á Dios, cercano veo  
El término feliz de mi jornada;  
Respondió la esperanza á mi deseo;  
Pronto mi empresa quedará acabada:  
Es tema en que hallarán mas digno empleo  
Otros vates de lira mas preciada,  
Que yo al llegar á do llegar queria  
Hecha pedazos dejaré la mia.

Hecha pedazos quedará, y en tanto,  
Yo, de mi atrevimiento arrepentido,  
Amargas ondas de continuo llanto  
Verteré por el tiempo que he perdido:  
Mi flaca inspiracion, mi rudo canto  
Dignos de tanta escelsitud no han sido:  
El desengaño me rindió cobarde;  
Volver atras quisiera; pero es tarde.

Es tarde y tengo que seguir: Dios quiera  
Que pronto al fin de mi trabajo llegue,  
Sin que la voz en mi garganta muera  
Ni mi aturdido entendimiento ciegue,  
Y al espirar la vibracion postrera  
Del postrer són que á mi auditorio entregue,  
El mundo dé (de corazon lo pido)  
Mi persona y mis cantos al olvido.

Tratemos, musa, de inquirir ahora,  
Ya que te dió la digresion reposo,  
Por qué Juan Diego en su cabaña mora  
Sin cuidar de Zumárraga que ansioso  
Lo esperaba; por qué sin trégua llora,  
Y el alma triste, el corazon medroso,  
En honda y singular melancolía  
Lo ve la noche y lo contempla el dia.

En pobre lecho do la vista en vano  
Comodidad ni adornos requiriera  
Postrado yace moribundo anciano  
Y el pronto fin de su existencia espera:  
Y allí Juan Diego, de dolor tirano  
Presa, junto á la humilde cabecera,  
Con ojo triste y cariñoso espía  
Cómo va progresando la agonía.

Espectáculo aquel triste y sombrío  
Que de amargura el corazón llenaba  
Era: el anciano cuyo cuerpo frío  
Próximo en tierra á convertirse estaba,  
Era del pobre macehual un tío,  
Labrador como él, que se llamaba  
Juan Bernardino, y que al celeste gremio  
Iba á gozar de su virtud el premio.

El indio apenas tramontado había  
El Tepeyac, donde por vez postrera  
Gozó de la presencia de María  
Y oyó su amante voz, cayó en la artera  
Red que el astuto génio le tendía  
De la duda infernal, y cual somera  
Huella que borra el viento, fué borrado  
De su memoria todo lo pasado.

La triple aparición, la prometida  
Señal que su mensaje acreditase,  
Del prelado la fé tan encendida  
De la esperanza en la suprema base,  
Todo pasó como en veloz huida  
De su memoria, sin que allí quedase  
El mas leve recuerdo ó pensamiento  
Sobre el pasado celestial portento.

Así dió fin á su maligna trama  
El génio tentador, y presuroso  
Bajó al infierno, do Satan lo ama  
Porque escede en maligno y poderoso  
A todos cuantos ángeles de llama  
Habitan el recinto tenebroso,  
Y ciegos en su eterna rebeldía  
A Dios se oponen con tenaz porfia.

El indio á Tolpetlac volvió pensando  
Dedicarse á su amiga sementera,  
Porque gran copia, su labor pagando,  
De amarillas mazorcas le rindiera,  
Sin perderla de vista sino cuando  
Del deber religioso la severa  
Voz lo llamase á México, do nada  
Tenia entonces su atención trabada.

Mas ya de la Divina Prouidencia  
En el libro inmortal estaba escrito  
Que del génio maléfico la ciencia  
Para engendrar la duda y el delito  
De Dios se estrellaría en la clemencia  
Y en su amor á los hombres infinito,  
Que á México muy pronto volvería  
Juan Diego y por el cerro pasaría.

Porque volvió á su hogar, y halló de duelo  
Cuanto esperó de paz y de ventura:  
Su esposa con amargo desconsuelo  
A recibirle ansiosa se apresura;  
Mas no para mostrar su amante anhelo  
Ni para darle pruebas de ternura;  
Sino para decirle el accidente  
Acontecido á su infeliz pariente.

Juan Bernardino en miserable lecho  
Con la fiebre ardorosa que quebranta  
Su gastado vigor, del ronco pecho  
Apenas puede á la árida garganta  
La débil voz echar; ya corto trecho  
La muerte, que lijera se adelanta,  
Tiene que andar para llegar á punto  
De mover su segur contra un difunto.

Juan Diego en su aficcion hallar procura  
Pronto remedio al mal: de breña en breña  
Corre, y las plantas por buscar se apura  
Cuya virtud la tradicion le enseña:  
Apícalas activo, mas la cura  
Que espera en vano en obtener se empeña,  
Que la fiebre se aumenta; ante ella cede  
La vida y solo Dios salvarla puede.

Entonces, de su trance apercebido  
Y de que era evitarlo empeño vano,  
De su sobrino pronunció al oído  
estas palabras el devoto anciano:  
“Hijo, voy á morir; solo te pido  
Que me dejes morir como cristiano:  
Deja mi cuerpo miserable en calma;  
La que requiere auxilios es mi alma.

“Parte á México, y pide en nombre mio  
Los últimos socorros celestiales  
Que dá la Iglesia con afecto pio  
En el trance de muerte á los mortales:  
Parte veloz, que me abandona el brio  
Y se van mis espíritus vitales;  
Dios de su siervo la mansion visite  
Y al trance estremo los horrores quite.”

Obediente Juan Diego del anciano  
Al mandato postrero, la cabaña  
Dejó á la hora en que el verdor lozano  
Del campo el sol amaneciendo baña,  
Y atras dejando el ondulante llano  
Llegó al fin á dar vista á la montaña  
Que vió tres veces en su duro suelo  
A la divina Emperatriz del cielo.